

**C. Mariscal de Gante Centeno & D. García Pérez (eds.), *Virgilio y las identidades culturales hispanoamericanas*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México [Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos 64], 2024, 217 pp.**

Ekaitz Ruiz de Vergara Olmos

<https://dx.doi.org/10.5209/cfcl.97037>

Las *I Jornadas Virgilianas*, que se celebraron en la Universidad Nacional Autónoma de México en febrero de 2023, han cristalizado en los siete capítulos que conforman el volumen colectivo que aquí nos ocupa. Como sus editores se encargan de subrayar desde la Introducción, se trata de un libro que tiene un claro alcance metodológico: evitando los esquemas tradicionales de los estudios de fuentes y de influencias («Virgilio en Hispanoamérica»), los autores acuden a la idea de las «identidades culturales compartidas» con el fin de trascender los marcos teóricos más asentados en el campo de la tradición y recepción clásica. Con estas premisas, el volumen se nos presenta ante todo como «un ejercicio diacrónico de interpretación de los contextos estéticos en que se generan estas diversas identidades para estar en condiciones de comprender *qué* han querido hacer con el texto virgiliano sus diversos lectores» (p. 14). No se trata solamente, por tanto, de un acopio de materiales o de un repaso erudito por los usos de Virgilio en el Nuevo Mundo, sino también y, sobre todo, de un esfuerzo por analizar el sentido estético e interpretativo que se le ha dado a una serie de textos bien conocidos.

El primer bloque del libro («De los primeros testimonios a las independencias de las repúblicas americanas») recoge dos trabajos que se centran en el período virreinal. Antonio Río Torres-Murciano ofrece una apretada síntesis del vasto corpus del ciclo épico cortesiano, que va desde los fragmentos conservados del *Nuevo Mundo y conquista* de Francisco de Terrazas (ca. 1570-1580) hasta *México. Epopeya del alba*, curioso ejemplo de poema épico contemporáneo que Guillermo López de Lara publicó en 1969. Un intervalo temporal tan amplio y un conjunto tan heterogéneo de obras no impiden que el capítulo mantenga una unidad de enfoque y extraiga unas conclusiones precisas. Estas se refieren fundamentalmente al problema de la historicidad de la épica, *vexata quaestio* que ha llevado a que el proceso de recreación de la *Eneida* en el ciclo cortesiano oscile entre dos grandes alternativas: quienes, como Francisco de Terrazas o Gabriel Lobo Lasso de la Vega, sacrifican el dato histórico en favor de la imitación literaria y quienes, como Antonio de Saavedra Guzmán o Francisco Ruiz de León, optan por la fidelidad a los hechos a cambio de apartarse del modelo virgiliano. La misma polaridad parece reproducirse en los ejemplos de épica cortesiana del siglo pasado: mientras que en el *Anáhuac* de Manuel A. Chávez la *Eneida* sigue funcionando como un modelo importante, en el mencionado poema de López de Lara su presencia queda reducida al mínimo.

Por su parte, Andrew Laird aporta un útil repaso por las referencias a Virgilio que se pueden hallar en autores novohispanos del siglo XVI al XVIII, tanto en lengua española como latina. Desde

la reminiscencia virgiliana que el propio Hernán Cortés incluye, probablemente sin saberlo, en su *Carta-Relación* de 1520, hasta los procedimientos narrativos que Andrés Diego de la Fuente toma de la *Eneida* para construir su *Guadalupana Beatae Mariae Virginis Imago* (1773), la épica latina clásica se muestra como un modelo muy productivo en el rico panorama literario que se nos ofrece. Por la insistencia con la que se enfatiza, en cada autor tratado a lo largo del trabajo, que no hay en esta época una voluntad por crear nuevas identidades virgilianas, sino que el mantuano aparece únicamente como una autoridad sometida a la *imitatio* y a la *aemulatio*, Laird da la impresión de alejarse del planteamiento general del volumen: «Virgilio no asume ninguna nueva identidad en la época colonial» (p. 68). De hecho, la última parte del capítulo está íntegramente dedicada a reflexionar sobre los límites de los estudios de recepción clásica, que al crítico le parecen poco fértiles cuando se trata de autores modernos. Sin embargo, no creemos contradecir las conclusiones de Laird si advertimos que en la misma recepción novohispana de Virgilio como *auctoritas* clásica se está ejercitando ya una determinada identidad cultural compartida, de la que quizá sus cultivadores no fueron enteramente conscientes.

El segundo bloque («El siglo XIX colombiano y su repercusión posterior») comprende un estudio del profesor Jorge Enrique Rojas Otálora que se ocupa de la figura de Miguel Antonio Caro. El humanista colombiano suscita gran interés desde múltiples puntos de vista complementarios: el sociológico, el literario, el filosófico y el filológico. En esta última rúbrica hay que situar las traducciones virgilianas de Caro, entre las que destaca su versión de la *Eneida* (1873), la primera publicada en Colombia. Muy elogiada por los estudiosos, esta traducción también recibió las críticas de autores como Espinosa Pólit o Menéndez Pelayo por haber elegido la octava real como forma métrica para verter los hexámetros de Virgilio. En cualquier caso, a Caro parece importarle especialmente el carácter teológico del poema, en la línea de la interpretación mesiánica de la cuarta *Bucólica*. Esta interpretación se contextualiza en el hispanismo político de Caro, para quien la cultura clásica constituye una fase de la civilización que después habría sido asumida por la espiritualidad cristiana y difundida por los españoles en América. De esta manera, su labor traductora y filológica se contextualizan en el marco de unas convicciones ideológico-políticas que adquieren todo su significado en las polémicas entre conservadores y liberales que caracterizaron la vida social colombiana durante el siglo XIX y que todavía hoy siguen condicionándola.

Otro apartado del volumen («Universalismo virgiliano y realidad latinoamericana») recoge interpretaciones de Virgilio que se han hecho en Hispanoamérica durante el siglo XX, atendiendo a aspectos más simbólicos. Así, uno de los editores de la obra, David García Pérez, se ocupa del *Discurso por Virgilio* (1932) de Alfonso Reyes, poniendo de relieve su conexión con la recreación dantesca del poeta mantuano, pero también relacionándolo con el marco social e ideológico mexicano de la época. En el capítulo se concibe el *Discurso por Virgilio* como una suerte de «programa cultural» que se articularía en torno a dos grandes ejes: «por un lado, la alineación política con el programa del Estado mexicano y, por otro, la perspectiva educativa que coloca a la latinidad con Virgilio, ni más ni menos, por delante de un nacionalismo de factura mexicana» (p. 103). Se entiende, entonces, el ideal universalista de esta lectura de Virgilio, que incluso conduce a Reyes a asimilarse con Eneas en su intento por expandir la cultura clásica en tierras mexicanas. Hay, sin embargo, en esta reivindicación del humanismo clásico por parte de Reyes una visión utópica que no se compadece con la realidad social que le rodea: los humildes campesinos del Anáhuac se encontraban muy lejos de los idealizados agricultores que pueblan las *Geórgicas*.

Francisco García Jurado, por su parte, contribuye al volumen con un original análisis de la dedicatoria a Leopoldo Lugones que Borges sitúa al inicio de *El hacedor* (1960), un texto breve y aparentemente sencillo del que se pueden extraer, sin embargo, numerosas referencias literarias y alusiones culturales que muestran su extraordinaria complejidad. Concretamente, García Jurado propone leer la dedicatoria como una particular catábasis en la que el modelo virgiliano del libro sexto de la *Eneida* actúa, entre otras cosas, a través del juego de los tiempos verbales: se trata de un «futuro pasado» que, como ocurría con Eneas y Anquises, establece ahora un enlace imaginario entre Borges y Lugones. Muy importante en esta operación es la intermediación del modelo dantesco, que sirve al autor argentino para figurar el espacio de la biblioteca, en la que se

produce el encuentro trasmundano, como una suerte de infierno o de paraíso, reescribiendo de esta forma el viaje de ultratumba de la *Commedia*. Asimismo, la presencia virgiliana y dantesca se evidencia en el uso de procedimientos retóricos y estilísticos como la hipálage, que Borges valora en consonancia con la doctrina croceana sobre la estética de la expresión verbal. Con estos materiales, se establece una sutil red de referencias a Virgilio y, sobre todo, al virgilianismo, que confieren a la dedicatoria de Borges a Lugones una inesperada profundidad poética.

El último apartado del libro («Poesía virgiliana y poéticas contemporáneas») recoge dos trabajos dedicados a la apropiación contemporánea de Virgilio en Sudamérica. El primero de ellos, que firma Hugo Francisco Bauzá, repasa la impronta del mantuano en la poesía escrita en Chile y Argentina, evocando primero el modelo épico de *La araucana* de Alonso de Ercilla para alcanzar luego la época contemporánea. Dentro del neoclasicismo del siglo XIX, se destacan obras como la tragedia *Dido* de Juan Cruz Varela, quien también fue traductor de la *Eneida*, o *El arpa perdida* de Olegario Víctor Andrade, que tematiza el motivo de Palinuro. Sin embargo, será con la llegada de Rubén Darío a Buenos Aires en 1893 cuando el modernismo irrumpa con fuerza en la literatura argentina y, con él, una renovada concepción de la Antigüedad clásica. Las generaciones posteriores de poetas acusarán esta influencia, como se constata en las *Odas seculares* (1910) de Leopoldo Lugones, pero también, y muy especialmente, en el importante grupo de escritores que vendría inmediatamente después. Así, por ejemplo, la historia de Orfeo y Eurídice que Virgilio trata en la cuarta *Geórgica* halló diferentes ecos en composiciones de Rafael Alberto Arrieta, de Graciela Maturo o de Enrique Banchs. En este grupo destaca sin duda Jorge Luis Borges, cuya obra está trufada de pasajes virgilianos que era capaz de recitar de memoria. No olvida Bauzá a los traductores, acordándose especialmente del chileno Egidio Poblete, quien llevó a cabo una estimable versión en endecasílabos de la *Eneida*.

Finalmente, cierra el volumen un trabajo de Carlos Mariscal de Gante Centeno que versa sobre la actividad ensayística y traductora de Aurelio Espinosa Pólit. La tesis principal del capítulo consiste precisamente en remarcar que estas dos actividades no pueden concebirse de manera aislada, sino que, en el caso del jesuita ecuatoriano, aparecen indisolublemente unidas. Un repaso por diferentes pasajes de sus traducciones de las *Bucólicas*, de las *Geórgicas* y de la *Eneida* refrenda esta idea: son varios, en efecto, los momentos en que Espinosa Pólit reescribe por completo a Virgilio para acercarlo a su visión adventista del poeta mantuano como un autor protocristiano. De esta manera, la interpretación contenida en ensayos como *Virgilio, el poeta y su misión providencial* (1932) o *Síntesis virgiliana* (1960) se deja sentir también en las decisiones traductológicas tomadas a la hora de trasladarlo al español. Se evidencia, así, la inserción de Espinosa Pólit en una tradición interpretativa que lo alinea con Miguel Antonio Caro o con Egidio Poblete: el proyecto de conferir a la *Eneida* y a su autor una renovada identidad católica.

*Virgilio y las identidades culturales hispanoamericanas* es, en resolución, una obra académica que destaca no sólo por sus contribuciones al estudio del virgilianismo en el Nuevo Mundo, sino también, y muy especialmente, por su valiosa aportación metodológica al campo en que se inscribe. Por ello, nos atrevemos a vaticinar que quien a partir de ahora se ocupe del viejo tema de «Virgilio en Hispanoamérica» no podrá hacerlo ya sin pasar por este volumen y particularmente por la reformulación y renovación teórica que propone, a través de la noción de «identidades culturales compartidas». En este sentido, se trata de un libro que invita a ampliar las investigaciones en las direcciones que apunta cada capítulo reseñado. Estos trabajos, lejos de agotarse en sí mismos, contienen las semillas de fértiles líneas de investigación para quien asuma la tarea de explorar el papel de Virgilio y de su obra en la conformación de las identidades hispanoamericanas. Auguramos, en consecuencia, un brillante porvenir a esta publicación, esperando que, al igual que las *I Jornadas Virgilianas* que se encuentran en su origen, sea la primera de una larga serie.